

SERMON DEL PADRE JUNA

PREDICADO EN EL TEMPLO DE SAN JAVIER EN NÁPOLES

Tan luégo como supimos dónde paraba el drámatico orador, no hubo quien no quisiese volar a oír el sermón anunciado por el periódico de las Dos Sicilias. El ferrocarril de Roma a la Campania no estaba concluído todavía: varios cardenales se sirvieron de sus carrozas propias: la Rístori se fue en una magnífica berlina del príncipe Torlonia: el general de Goyón, con un soberbio Estado mayor, se partió a caballo. doña María Cristina, viuda de Fernando VII, tuvo coche y tiros de las caballerizas de Su Santidad Pío IX; e infinitos carruajes de los que en Italia llaman *veturinos*, transportaron a innumerables viajeros, para quienes Roma estaba entonces donde se hallaba el Padre Juna. La diligencia no tenía ni un asiento disponible: caballos de silla, ni por cincuenta escudos: coches de alquiler, todos en camino. Si nos hubiera quedado el tiempo necesario para llegar a pie, *musa pedestris*, a cuarenta jóvenes de varias naciones nos hubieran sobrado espíritus. Mas el diablo era que las horas estaban contadas, y solamente corriendo a rompe-cinchas podíamos llegar con oportunidad. Meyendorff es un joven ruso que viaja echando oro a manos llenas. Háiale yo conocido viniendo junto con él desde Florencia, lo mismo que con dos polacos de Varsovia, nobles todos ellos y mozos de pelo en pecho. Meyendorff es conde, tiene la cruz de Pedro el Grande, y niño aún, estuvo en la guerra de Crimea. Por dinero no falta; por judíos tampoco: el ruso dio por una berlina doscientos escudos romanos, y él, los dos polacos, dos francesitos amigos nuéstros, el bárbaro del nuevo mundo, y alza, y arre! Nos íbamos bebiendo los vientos. Los hijos del Norte adoran la lengua italiana: el demonio del fraile

la pronunció con tal música el día de San Juan mártir, que todos quedaron encantados: por oírle otra vez se hubieran ido a las regiones ecuatoriales el ruso y los polacos. El Conde había ofrecido veinte escudos de gratificación al conductor: los tiros eran superiores: íbamos volando al són del látigo que resonaba en infernal chasquido. Después de algunos relevos, nos estábamos aproximando a las Lagunas Pontinas: el cochero detuvo súbitamente los caballos, a tiempo que de una altura lejana llegaban a nuestros oídos estas voces: *I banditi! i banditi! signori francesi, i banditi!* El ruso abrió una cajita larga que llevaba consigo y sacó un soberbio winchester de diez y seis tiros. La pieza no podía ser más seductora: el montante era de plata; las incrustaciones de oro fino. Dos rubíes magníficos estaban viendo por ahí como los ojos de una serpiente de cascabel. Armaos, señores, armaos, dijo Meyendorff en francés. Ya los varsovianos tenían sendas pistolas a punto, lo mismo que los franceses. Mi revólver no era malo, sino un migné de los más certeros. *Il pericolo nonce certo ancora*, dijo el mayoral, y empezó a sacar los caballos lentamente, observando hacia todas partes: puede ser un polizonte que quiere darnos matraca. Andaríamos cosa de cien toesas, cuando el conductor paró el coche gritando en voz estentoria: *Briganti! briganti!* Meyendorff saltó el primero: «Aquí, señores, aquí, dijo: todos juntos: un grupo, un cuadro impenetrable. Los bandoleros de Italia raras veces cargan armas de fuego.» Estas buenas piezas se nos venían o trote nada menos que elegante. Serían hasta diez los *echelencias*. El conocido sombrero de campana con cintas de colores: chaquetilla con alamares y botonadura de acero: calzón corto de borlas a la rodilla; y rutilantes escarinas en la mano. *Réndite, vuoi!* le dijo desde lejos el capitán a nuestro conductor. La contestación fue un disparo

del ruso que le echó al bandido cuan largo era por ese suelo. Hicieron alto los ladrones contemplándonos con furia. El winchester del ruso operó nuevamente; otro de los tunantes cayó por ahí retorciéndose en el polvo. No nos dieron más tiempo: botáronse sobre nosotros en un pronto, más fue para caer muertos cuatro de ellos a nuestra descarga. Cuatro quedaban de los salteadores, pero no huyeron: al contrario, uno de ellos cerró con el mayoral, y le echó en tierra partida la cabeza. Listo y advertido, yo me había apoderado del machete de uno de los moribundos que cayó a mis plantas. Embisten los tres a un tiempo con Meyendorff: él mata uno, yo le bajo el brazo al otro: los dos últimos ponen pies en polvorosa, Terminado este ligero incidente, el ruso y el americano tuvimos la fortuna de hallar dos caballos de jinete en una casa de postas: montamos y volamos; llegando a Nápoles, la carroza del Rey enderezaba hacia el palacio real, seguida de un destacamento de dragones: centenares de coches se dirigían por las calles, y miles de personas se iban desparramando por la ciudad. El sermón había salido hacía un cuarto de hora.

JUAN MONTALVO

POR LOS PUEBLOS HERMANOS

(Para «Stadium» de Lima en obediencia a su deseo de colaboración y como homenaje a la juventud peruana).

Huelga decir, porque todos lo sabemos; cuáles han sido las causas que, en determinadas ocasiones, han generado desabrimiento en las relaciones de Colombia y el Perú; pero es del caso afirmar que esas causas no han sido de aquellas que abren entre hombres o pueblos vallas insalvables, en tanto que los vínculos de unión sí tienen la fuerza arrolladora de lo que es perenne en las cosas inanimadas como ocurre con la